



SAM CONOCE A TOM

Extra de El Fénix (DUALES II)



Advertencia: **SPOILER A LA VISTA DE LA VOZ (DUALES I)**

Sígueme en Instagram @pujadascristina

Para vosotras, que os dejasteis aconsejar por la voz
y estáis dispuestas a luchar al lado de Sam.

¡Felíz Lectura!

Sam conoce a Tom.

—*No es buena idea* —susurró.

Tal vez tenía razón, pero por norma general tiendo a no dársela. Ella puede ser insistente y perseverante, pero la que controla estas dos piernas y estas dos manos soy yo, así que tiene que aguantarse con mis decisiones. Incluso si a veces no son buenas. Especialmente con esas. Y lo admito, disfruto llevándole la contraria. Por lo que es. Y porque soy una rebelde sin causa. Pocas satisfacciones puedo permitirme. Irritarle es una de ellas.

—¡Hola Sam! —la voz de Rubén sonó fuerte. Le sonreí. No soy de sonrisas coquetas y cargadas de dobles intenciones. Soy de las que va de cara. Si quiero algo, lo hago. No soy de ir dando tumbos para llegar a un sitio al que puedo ir en línea recta.

—Rubén —le saludé con la cabeza mientras dejaba la silla de ruedas en su sitio y empezaba a manipular con habilidad las terribles perneras del año de las catacumbas para liberar a la pobre mujer—. Esta es tuya.

Tengo que decir a favor de Rubén que es un buen tipo. Pese a ser solo un residente, es de los que trata bien a los pacientes y aunque tiene fama de don Juan, hasta cierto punto merecida, no puedo negar que lleva picando piedra un par de años. Que eso no quita que las conquistas le van y le vienen, porque a ver, seamos sinceras, está bueno. Y es humano. Yo también. Más o menos. Admito que lleva tiempo esmerándose conmigo y que su perseverancia poco a poco va ganando terreno a mi habitual falta de esmero en sociabilizar. No tengo claro si solo quiere un revolcón o para mi desgracia quiere intentar eso absurdo de mantener una relación. Conmigo, desde luego, ni de coña. Un polvo, quizás. Que ya es más de lo que le habría soltado hace un año. Un no rotundo y con risa de fondo. No es que me lo tenga creído ni nada así. Las evidencias están de mi parte. En primer lugar, no soy tonta. Y en segundo lugar, los comentarios de mi cansina acompañante eterna no hacen más que evidenciar que me tiene en el punto de mira. Desde hace tiempo.

Desaparecí de allí como quien no quiere la cosa, sabiendo que se había quedado con las ganas de mantener una cordial conversación, algún roce furtivo y alguna propuesta indecente. No sería la primera vez. Hasta allí habíamos llegado. Sin cruzar nunca esa línea. No quiero relaciones y es mucho más fácil acostarse con un perfecto desconocido que con alguien a quién después vas a tenerle que ver la cara. Pero para variar un poco, estaba dispuesta a darle una noche. No más que eso. Algo que ya de por sí era raro. Porque iba en contra de una de esas leyes de supervivencia que había ido construyendo a lo largo de mi vida. Mi mierda de vida, sí esa. Una de esas leyes sobre no liarme con alguien del trabajo. Por una vez haría una excepción.

Podría justificar que esa decisión viene determinada por mi gran dedicación profesional y mi evidente interés en ejercer mi trabajo sin distracciones. Que no se acerca a la verdad ni de coña, pero queda bien. La realidad es que no puedo permitirme profundizar una relación personal con hombre alguno. En primer lugar, porque no soy normal y no

tengo ganas de que alguien caiga en la cuenta y acaben encerrándonos en un psiquiátrico. A mí y a mi dualidad. Somos uno, aunque nos odiamos mutuamente. Más o menos. A veces. Da igual, es complicado. En segundo lugar, porque en cualquier momento tendré que desaparecer. Es la historia de mi vida. Nunca nada es permanente. Admito que es demasiado fácil, cómodo, adaptarse a una rutina. Da cierta seguridad. Una falsa seguridad, todo sea dicho. Si ha me cuesta pensar en coger mi maleta de emergencias y largarme, abandonar mi piso y este trabajo en el que curiosamente me siendo bien, hacerlo y desvincularme de la noche a la mañana de una persona importante, lo haría todo muchísimo más complicado. Y soy consciente que llevo aquí ya más tiempo del que me planteaba quedar. Y cada vez que lo pienso, me autoconvenzo que serán solo unos meses más. Y han ido pasando los años. Quizás me estoy confiando, incluso si me digo a mí misma que no debo hacerlo. No puedo permitirme enraizar porque sé que un día simplemente tendré que desaparecer y eso lo haría todo más difícil.

Así que me entenderéis que tan solo tiendo a buscar encuentros fortuitos, espontáneos, con desconocidos. Es mi especialidad, realmente. Pero quizás haría una excepción con Rubén. Básicamente porque estaba bueno. Y porque en cuanto acabara la residencia desaparecería. O quizás porque tenía la sensación, esas extrañas premoniciones tan características, de que pronto todo cambiaría. Igual finalmente llegaría la hora de desaparecer de nuevo. Empezar en otro lugar. Igual Rubén podría ser el broche para aquella etapa. Un buen polvo y si luego se ponía pesado me ayudaba a decidirme a dar el paso y largarme de ahí. Era lo más seguro. Pero no me apetecía lo más mínimo. Sentí algo dentro de mí. Una extraña ansiedad. Algo. No sabría definirlo. Seguramente un buen revolcón me centraría un poco.

—No.

—Sam. —Me giré para enfrentarle con ese gesto autosuficiente tan mío. Rubén estaba a pocos metros, con aspecto confiado. Eso que tienen de seguridad y aplomo los tíos que saben que están más que buenos—. ¿Has visto los panfletos de la fiesta de los de la facultad?

—Difícil no verlos —le contesté—. Han empapelado todos los office.

—Vente —me pidió—. Podemos tomar algo juntos, bailar... ver donde nos lleva la noche.

—Me gusta esa última parte —le contesté y su sonrisa se expandió mientras sus ojos brillaban con algo parecido a hambre. Prometía, sí señor—. Igual me paso.

—Te buscaré —me aseguró y supe que no mentía.

—Lo haré.

—Pues claro —le contesté. A mi dualidad. A Rubén. Estoy acostumbrada a eso. A hablar a dos bandas sin que nadie llegue a darse cuenta. Hice un gesto de cabeza a modo de despedida y me alejé de él. Me sentía bien al notar la incomodidad de mi dualidad—. ¿Así que no quieres un poco de fiesta?

No me contestó. Igual que yo podía sentir su malestar, supongo que ella podía sentir mi satisfacción. Por la posibilidad de que fuera una noche de lo más entretenida, pero

también por el hecho de irritarla. Soy así de básica. Me gusta que sepa que no tiene el control. Que soy yo la que toma las decisiones y hace lo que le venga en gana con su vida, independientemente de sus intereses o intenciones. Tengo que vivir con ella, sí. Pero ella también conmigo. Lo justo es que no le ponga las cosas fáciles.

No soy de arreglarme. Priorizo la ropa cómoda y a ser posible resistente. Nunca sabes cómo puede acabar el día. O la noche. Lo que sea. Siempre se ha de estar mínimamente preparado. No, jamás me veréis con zapatos de tacón y una minifalda de infarto, aunque siendo sincera más de uno se quedaría con la boca abierta. Me paso tantas horas en el gimnasio que es imposible que mi cuerpo no lo evidencie. No por un tema estético o de belleza. Soy mucho menos superficial que eso. Aunque dejo que la gente piense. Si supieran...

Un poco de maquillaje, eso sí. Sutil, no me gusta destacar demasiado. Siento un nerviosismo extraño. Sospecho que mucho tiene que ver con mi dualidad, pero hoy no está especialmente receptiva. No parece un mal nerviosismo, eso sí. Quiero decir que el bicho a veces siente cosas. Es irritante, sí. Útil, también. Aunque no nos llevemos especialmente bien no puedo negar que es una superviviente. Como yo. Somos uno, después de todo. Incluso si me da más rabia que otra cosa. Sus premoniciones no siempre son precisas. O exactas. Pero nunca deben de tomarse a la ligera. Tiene un algo que a muchos les pondría los pelos de punta. A mí a veces también, y eso que no deja de ser una parte de mí misma.

—Nos lo pasaremos bien —afirmé mientras me pasaba una capa de rímel sin temblar apenas. Todo un logro.

—*No sabría decirte.*

—Ni que fuera la primera vez —me burlé.

—*O la última.*

—Sigue soñando —le respondí entre risas.

A ver, que no soy la mujer más sexualmente activa del mundo mundial, pero casta y pura tampoco. Ahora hacía tiempo. Meses. Y Rubén además de estar bueno era un tío majo. De esos con los que puedes hablar y pese a su fama de mujeriego, si yo no fuera quién soy, hasta me ilusionaría empezando algo con él. Algo que no fuera un aquí te pillo sin más. Y creo que hasta él estaría dispuesto a intentarlo durante unos meses. Que no es que pensara que fuera a funcionar ni nada de eso. Pero no era solo un buen cuerpo, y eso era un plus.

Caminé por las oscuras calles en dirección al local que habían alquilado los estudiantes de medicina para su mítica fiesta de recaudación para el viaje de fin de curso. No era la primera a la que asistía, aunque eso no quiere decir que fuera cada año o de las que las espera con devoción. Otros lo hacían. Los residentes solteros, especialmente. Era una buena noche para conseguir acabar en el hotel de enfrente o enredado con alguien en algún rincón. Sonreí ante aquella posibilidad. Sentí el aire frío en la piel de mi cara. Se sentía bien.

El local era grande. Una zona central en la que ya multitud de personas bailaban descontroladas, música estridente y risas. El ambiente estaba ya *on fire*: no soy de las que llega para abrir un local, pero si hace falta, puedo quedarme hasta cerrarlo. En uno de los laterales había una gran barra en la que la gente encargaba sus bebidas. Estaba bien. Sentirte como si fueras uno más allí. Alguien normal. Sin toda la mierda que yo llevaba encima. Aunque fuera solo una mentira. A veces me permitía eso. Pensar que era uno de ellos. Al menos unas horas. Una noche. No más. Luego la realidad volvía. Las responsabilidades. Los miedos. Los recuerdos. Una mierda, vamos.

Un estremecimiento.

¿A santo de qué?

—¿Y eso? —murmuré mientras la gente me rodeaba y me empezaba a mover al compás de la música.

—*Es extraño.*

—¿El local? —le pregunté sorprendida. Mi dualidad no es de las que olvida y había algo que no quería decirme en esos momentos. Podía sentirlo, incluso si intentaba mantenerlo oculto. Teníamos esa extraña relación, un tanto absurda, de mentirnos y negarnos de tanto en tanto la una a la otra. Siendo la misma persona. Genial, no veas.

—*Que haya sido capaz de encontrarte en menos de cinco minutos* —gruñó mi dualidad fingiendo estar irritada cuando en cambio había una extraña satisfacción en ella. Sonreí. Quizás a las dos nos iría bien un poco de sexo terapéutico y ella finalmente empezaba a darse cuenta. Que no me diera la razón era algo más que esperable. Yo tampoco se la daba cuando la tenía. Y estábamos bien así.

Rubén apareció a pocos metros de nosotras, sus ojos se mantuvieron fijos sobre los míos mientras se acercaba, sorteando personas que bailaban en la pista. Es posible que fuera la única que bailaba sola. La verdad es que no era la primera vez. Ni la última. Y me importaba entre poco y nada. Al fin y al cabo, yo nunca estoy realmente sola.

—¡Has venido! —exclamó Rubén con una generosa sonrisa. No dejé de moverme, aunque sentí un cierto nerviosismo. Algo que, desde luego, es muy poco habitual en mí. En nosotras.

—Y tú me has encontrado —le contesté con media sonrisa.

—Llevo bastante rato buscándote —me confesó—. Ya tenía mis dudas de si vendrías. No sueles dejarte ver mucho fuera del hospital.

—Todo depende del aliciente —le contesté con expresión coqueta.

—¿Qué tipo de aliciente? —ronroneó él mientras bailábamos el uno para el otro. Podía sentir como su cuerpo empezaba a reaccionar a mis palabras. A mis sugerencias.

—No soy de sociabilizar mucho —admití—. No me pidas ir a cenar, al cine o a dar un paseo.

—¿Y eso? —me preguntó sin dejar de mirarme. Era la primera vez que manteníamos ese tipo de conversación. Bueno, miento. Era la primera vez que manteníamos ese tipo de conversación sin bromas y dobles sentidos. A estas alturas de la película Rubén ya debería tener claro que no quiero relaciones. Novios. Formalidades. Ese tipo de mierdas.

—Tengo necesidades, pero son mucho más físicas que no emocionales —le solté mientras me humedecía, a conciencia, el labio inferior. Pude sentir como se estremecía.

—¿Cómo de físicas? —murmuró mientras se acercaba a mí presionando su cuerpo contra el mío y dejando en evidencia una generosa erección. Mi dualidad se removió dentro de mí descontenta. ¡Ahora que parecía que por una vez nos entendíamos!

—Ese tipo, por ejemplo, me parece de lo más interesante —le solté riendo—. No me pidas una relación, pero puedes pedirme que nos veamos en un rato en uno de los baños del primer piso.

—Me muero de ganas —me susurró en el oído tras rozarme ligeramente y de forma deliberada—. No tardes.

Su mirada era ardiente. Me sonrió antes de alejarse de mí. Sonreí ante el festín que me esperaba. Nos esperaba.

—*Sam...*

— ¿Sophie se puede saber qué haces? —un hombre me cogió del brazo cuando ya me disponía a seguir a Rubén hacia el piso superior. Me estremecí por completo ante su contacto. Tragué saliva mientras observaba al hombre que me mantenía firmemente agarrada con mirada enojada. Era atractivo. Alto, de constitución atlética, pelo rubio y ojos azul cielo, aunque en esos momentos eran gélidos. ¿Cómo sería hacer que le consumiera el fuego, el deseo, a ese pedazo de hombre de hielo? Sentí un estremecimiento ante ese pensamiento. La sensación de deseo, ardiente, que parecía salir a la superficie a trompicones. ¡Menudo calentón! Apreté los labios y bloqueé aquello. Le miré con ese punto de soberbia, indiferente, que había adquirido a base de mucho practicar.

—¿Sophie? —le pregunté con curiosidad, sin entender qué hacía aquel hombre allí, porqué me cogía mientras sus emociones se filtraban en su rostro, como si aquello fuera algo sumamente importante, como si intentara contener algo que parecía estar a punto de escapársele de las manos. Sentí un estremecimiento con la intensidad de su mirada. Era como si para él, yo fuera algo sumamente importante. Sophie. Sophie tenía que ser sumamente importante. No yo. Claro—. Creo que me confundes, me llamo Samantha.

—Samantha —repitió mi nombre lentamente, como si cada una de las sílabas fueran importantes y sentí como todo mi cuerpo convulsionaba ante la sensualidad que mi nombre tenía al ser pronunciado por aquellos labios gruesos, hechos para ser besados. Joder. Nunca había sentido una atracción así por nadie antes. Y no era la única. Pude ver el deseo quemarle por dentro, como su cuerpo ansiaba apretarme contra él y supe que no era la única que podía sentir aquello.

—*Bésale.* —No soy de acatar órdenes, pero por una vez estuve tentada de hacerlo.

—Exactamente —le contesté ladeando la cabeza mientras le observaba con diversión y curiosidad al mismo tiempo. Venir a esta fiesta era la mejor de las ideas que tenía en tiempo. Lo que me hizo pensar en Rubén.

—*¿En serio preferirías un revolcón con Rubén que con alguien como él?* —Tenía el don de la oportunidad, mi dualidad. Joder. Rubén estaría ya arriba, calentando motores. Y yo... la verdad es que no podía simplemente darle la espalda al hombre que había frente

a mí. Había algo en él que hacía que me fuera imposible resistirme a él. Especialmente ahora que en vez de rabia había deseo en estado puro en su mirada. Quizás podía dejar a Rubén para otro día—. *O para otra vida.*

— ¿Se puede saber a dónde ibas? —me preguntó con mirada acusadora mientras parecía tener ciertas dificultades en contenerse y empotrarme contra alguna de las columnas del local. Algo que no me importaría del todo. Elevé el mentón y le observé con gesto altivo. No soy de las que se achica y un enfrentamiento admito que a veces me excita. Con ese hombre especialmente.

—He venido a esta fiesta porque me han prometido una noche de buen sexo —le solté sin intimidarme por su expresión crítica y la dureza de su mirada al escuchar mis palabras.

—¿Con ese? —me preguntó con una expresión divertida pese a que contenía algo parecido a rabia en su mirada.

—*Jamás habías deseado a un hombre tanto como lo deseas a él. No lo niegues. Rubén no es nadie. Él podría serlo todo. Bésale.*

— ¿Por qué no? —le reté con la mirada antes de añadir con una expresión traviesa—. ¿O te vas a ofrecer voluntario?

—¿*Acaso lo dudas?* —pude sentir la diversión y la satisfacción de mi dualidad ante mi pregunta. Sonreí. Era sorprendente que le gustara una de mis conquistas. Pero joder, como para que no le gustara.

—¿Dónde? — me preguntó y creo que tenía emociones encontradas al respecto. Quizás tenía una novia en algún sitio esperándole, pero no estaba dispuesto a negarse la oportunidad que se le había presentado. Yo tampoco. No me importaba. O no debería. Esa noche sería mío. Mañana, seríamos dos desconocidos.

—*Y así será. No puede resistirse. Igual que nosotras tampoco. Lo siento.* —No, no podía resistirse incluso si estaba enojado con aquello, de alguna forma. Por una vez, me merecía que me pasara algo bueno. Una noche. Solo eso. Me daba igual la historia de su vida. Era su problema, no el mío—. *Déjate llevar. No pienses y solo siente.*

—Si eres de un polvo rápido, creo que podríamos mirar los baños —le solté mientras intentaba analizar todas sus reacciones, la tensión acumulada en su cuerpo. Una mezcla de deseo que casi podría llamarse necesidad y rabia al mismo tiempo—. También me han hablado de un hotel aquí en frente.

—Hotel —gruñó mientras me estiraba del brazo que no había llegado a liberar durante nuestro intercambio de palabras. Un acuerdo de sexo en menos de cinco minutos; me superaba a mí misma por momentos. Empecé a reír. La noche prometía. Mucho.

—*No sabes hasta qué punto.*